



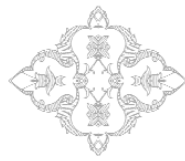
LA LUCHA DE  
UNA MUJER POR  
DOS HUÉRFANAS  
DE GUERRA

**HALA JABER**

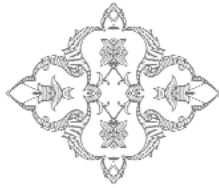
**ALFOMBRA  
VOLADORA  
SOBRE  
BAGDAD**

*Memorias*

Alfombra voladora  
sobre Bagdad



# Alfombra voladora sobre Bagdad



Hala Jaber

Traducción de Roser Berdagué

**Rocaeditorial**

Título original inglés: *The Flying Carpet to Baghdad*  
© 2009, Hala Jaber

Primera edición: octubre de 2009

© de la traducción: Roser Berdagué  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de la Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona.  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)



ISBN: 978-84-92429-97-4  
Depósito legal: M. 27.432-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

## Índice

Prólogo .....	11
Capítulo uno	El hallazgo de Zahra ..... 15
Capítulo dos	Esta mujer no tendrá nunca hijos..... 27
Capítulo tres	Conmoción y pavor ..... 48
Capítulo cuatro	«¿Me devolverán los brazos?» ..... 63
Capítulo cinco	Salvar a Zahra..... 80
Capítulo seis	Dos niñas..... 97
Capítulo siete	El ángel de la misericordia ..... 113
Capítulo ocho	La adopción ..... 121
Capítulo nueve	La caída desde una alta cumbre..... 129
Capítulo diez	Perdida en la vorágine ..... 142
Capítulo once	La cena con el diablo..... 153
Capítulo doce	El ángel en el cielo ..... 164
Capítulo trece	¿Temes la muerte, Hala? ..... 181
Capítulo catorce	Alí, el estadista de diecisiete años .... 197
Capítulo quince	El encuentro con Hawra..... 214
Capítulo dieciséis	En busca de Zahra..... 229
Capítulo diecisiete	El amor de un médico..... 247
Capítulo dieciocho	El vínculo de unos anillos..... 266

En recuerdo de Zahra y Marla, el pasado,  
y para Lara y Hawra, el futuro.



## Prólogo

4 de abril de 2003, Bagdad

*H*asta que las ventanas saltaron por los aires, Alí y Rasmiyeh Kathem no aceptaron que era preciso abandonar la casa. Habían estado horas agazapados junto a los cuerpos de sus siete hijos mientras se iba acercando la tormenta de fuego. Cuanto más intensos eran los cegadores y deslumbrantes destellos, más frío era el sudor que les impregnaba el cuerpo mientras trataban al mismo tiempo de impedir que los pequeños contemplaran aquella visión. Y cuanto mayor estruendo provocaban los estallidos que hacían retemblar la casa de cemento de una sola planta, más bajo susurraban palabras al oído de las aterradas niñas para que se tranquilizaran. La más asustada era, quizá, Zahra, su hijita de tres años, ya bastante mayor para darse cuenta de que estaba ocurriendo algo terrible, pero demasiado pequeña aún para conseguir dominar el miedo. Por lo menos, Hawra —una niñita de pañales— seguía dormida en brazos de su madre, que la acunaba pese a que el suelo se estremecía.

Alí ponía buena cara para no asustar a sus hijos, pero lo atormentaban incesantes visiones catastróficas. Encerrado en casa con su familia, sabía que alguna bomba perdida, destinada en realidad a los barracones cercanos, podía aniquilarlos. Pero si huían en el taxi con el que se ganaba el sustento, tal vez sucumbirían en el infierno en que se había convertido la carretera.

No obstante, cuando saltaron por los aires los cristales hechos añicos y llovieron sobre los colchones, los hijos mayo-

res se arrastraron, apretándose unos contra otros, hasta el comedor y, al oír sus alaridos, Alí tomó la decisión.

Gritó órdenes tajantes mientras metía de cualquier manera un fajo de papeles en una carpeta, y Rasmiyeh hacía un hato de ropa con un gran trozo de tela y guardaba en un bolso las pocas bagatelas de oro que poseía. Después, con toda la rapidez que les fue posible, colocaron el precioso cargamento en el vehículo de Alí y escaparon carretera adelante. Muntather, el hijo de dieciocho años, instaló a sus tres hermanos pequeños y a una hermana en el asiento trasero, mientras que Rasmiyeh, sentada en el asiento delantero, comprimía a las dos pequeñas en su regazo y rezaba.

Alí, al ocupar su sitio ante el volante y poner el motor en marcha, también rezó el versículo introductorio del Corán. El caos que se había desencadenado obedecía a que en el barrio abundaban las dependencias militares y residían muchas familias pertenecientes a ese estamento. De modo que, si quería salvar a sus hijos, debía atravesar la ciudad y llevarlos a casa de su madre, como ya había hecho centenares de veces. Pero era difícil concentrarse en la carretera cuando estaban ocurriendo tantas cosas en el aire. Asomó la cabeza por la ventanilla para ver a qué obedecía tanto fragor. Amanecía, y en el cielo, como enormes aves de presa negras, pululaban los helicópteros. ¿Y si descargaban sus mortíferos proyectiles sobre la carretera? Alí pisó con energía el acelerador.

Delante de él había un convoy de dos camiones que circulaban por la carretera en su misma dirección y se le ocurrió pensar que la altura de los vehículos protegería el taxi de una posible onda expansiva. Así pues, adelantó al camión más próximo y, dando un viraje, se incrustó detrás del que iba en cabeza.

De habersele ocurrido que aquellos camiones podían ser el objetivo de los helicópteros jamás se habría colocado entre ellos, sobre todo tras observar por el retrovisor a sus cinco hijos mayores, sentados en el asiento trasero del coche, y a las más pequeñas, Zahra y Hawra, en brazos de su madre, en el contiguo al suyo. Ninguno de los que viajaban en el coche sospechaba que la tempestad de fuego de la que acababan de huir los perseguía a imparable velocidad. En una fracción de segun-

do se volcó sobre ellos con la fuerza del rayo, y cuando el atornador rugido del proyectil ya se perdía en la lejanía, Alí y Rasmiyeh habían muerto y de sus siete amadísimos hijos, cinco de ellos agonizaban.



## Capítulo uno

### El hallazgo de Zahra



**D**e no haber sido por la insólita misión que me encargaron en la oficina del periódico, jamás habría seguido el hilo que me condujo a través de la efervescente y aterrada ciudad en guerra hasta el hospital donde encontré a Zahra.

—Necesitamos a un niño huérfano —me dijo el jefe—. Pero no uno cualquiera, sino un huérfano muy particular.

Los detalles que me dio fueron tan meticulosos como sorprendentes. No debía elegir al primer huérfano herido con que me tropezase, me dijo decidido, sino que debía recorrer todos los hospitales provistos de una unidad de pediatría a fin de dar con la criatura que interesaba.

Tampoco bastaba con que el niño en cuestión reflejara una determinada expresión, sino que debía ser algo mayorcito, aunque no tanto como que ya no pareciera indefenso, y mejor si se trataba de una niña, ya que la impresión de vulnerabilidad sería mayor que la de un varón. Lo ideal, pues, se basaba en que hubiera sufrido alguna herida, pero conservara el atractivo, porque la foto debía ser buena.

Resumiendo: me las tenía que ingeniar para encontrar a una niña herida, de entre uno y cinco años, a quien se le hubieran muerto los padres y cuyo rostro hubiera quedado más o menos indemne.

—Está bien, de acuerdo —respondí.

Repetí los detalles del encargo a mi marido, Steve, que era además el fotógrafo que me habían asignado, y comuniqué al chófer que saldríamos al cabo de cinco minutos. Pero de

repente me asaltó una pregunta: ¿alguien de la oficina de Londres tenía la más remota idea de qué suponía atravesar en coche una ciudad como Bagdad, en medio de bombardeos y saqueos, simplemente para seleccionar o descartar niños heridos pertenecientes a familias desgraciadas, con el único fin de que su fotografía apareciera en las páginas interiores del periódico?

Sin embargo, pasé por alto el cinismo de la orden porque la causa era buena: el periódico proyectaba organizar una campaña para recoger fondos destinados a los niños afectados por la guerra. El encargo que me habían encomendado consistía en encontrar el rostro que presidiría dicha campaña y en escribir el artículo que la pondría en marcha. Tanto el rostro como el artículo debían conmover a los lectores, ya que de otro modo no reportarían dinero. Y dado que yo había pedido a mi jefe que insertara el llamamiento en primera página, no me hallaba en condiciones de quejarme. Había visto tantos niños víctimas de los bombardeos que estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de ayudarlos.

16

Facilité al chófer una lista de los hospitales. Encontrar a nuestra «huérfana ideal» iba a ser en estos momentos mucho más difícil que tres semanas atrás, cuando empezó la guerra, porque todas las instalaciones sanitarias estaban protegidas con barricadas contra los ataques. Además, para impedir los asaltos de las pandillas de salteadores, se contrataban a centenares de guardas armados, y las puertas de las casas se atrancaban con maderos para intentar evitar la entrada a los saqueadores, ya que éstos burlaban la presencia de los guardas y desvalijaban a los enfermos y a las personas desvalidas que las habitaban. Me habían explicado que hasta los médicos iban armados para defenderse de posibles atacantes. Por otra parte, debido a la afluencia de pacientes civiles víctimas de los bombardeos norteamericanos, no sólo era insuficiente el personal sanitario, sino que el miedo a la violencia infligida a algunos colegas había convertido a los médicos en policías dentro de sus propios centros. Si acaso existía una señal de alarma reveladora de que el aparato de la seguridad del país se había veni-

do abajo, y de que éste se veía abocado a la más despiadada anarquía, en los hospitales era patente.

En un Mercedes alquilado, salimos del hotel y recorrimos un serpenteante trayecto pasando con lentitud por delante de ministerios, en otro tiempo famosos por su implacable severidad y, en cambio, ahora totalmente inermes frente a las ciertas bombas norteamericanas. Con los tejados destripados y los interiores expoliados, de su antigua gloria quedaba poco más que las desmoronadas fachadas. Por ejemplo, el Ministerio de Información, portavoz propagandístico del derrocado Saddam Hussein, se había derrumbado en medio de una nube de polvo, y todavía humeaban los escombros de uno de los palacios del dictador.

Nos dirigimos a nuestro primer hospital pasando junto a hileras y más hileras de vehículos carbonizados —autobuses, coches y furgonetas—, cada uno de ellos con su historia ignorada de pérdidas personales para sus propietarios, atrapados en una ciudad de la que todo el mundo parecía dispuesto a huir salvo los saqueadores. Centenares de conductores hacían sonar el claxon y formaban cola en un intento de repostar combustible en las escasas gasolineras que todavía funcionaban, ya que los ladrones se habían adueñado de los postes.

Desde una de las autopistas más importantes, observé que el acceso a las carreteras de las zonas residenciales se hallaba interceptado con barreras levantadas con neumáticos y restos de madera y chatarra, o cualquier cosa que sirviera de obstáculo, con la intención de impedir el paso a las milicias que estaban formándose rápidamente y que ya habían acotado con estacas las calles que pretendían controlar, puesto que tanto el ejército como la policía del dictador se habían disuelto ya. Algunas de estas milicias empezaban a disputarse el territorio.

—Esto me recuerda el Beirut de antes de la guerra civil —le comenté a Steve, que tenía los ojos pegados a la lente de la cámara.

—No te preocupes. Mientras vayamos capeando a los secuestradores de aviones, los proyectiles y los tiroteos callejeros, no hay motivo para inquietarse.

Me dedicó una sonrisa y volvió a enfrascarse en su cámara.

## Y

En nuestro primer destino, un hospital que era a la vez Facultad de Medicina y que ya habíamos visitado todos los días al iniciarse la guerra, encontramos los quirófanos vacíos y fuimos testigos de la evacuación que tenía lugar en aquellos momentos. Salió a recibirnos un médico que, a manera de primer saludo, nos ordenó que abandonáramos el edificio.

—Hay muchos hombres armados por los alrededores —nos dijo—. Hoy en día nadie sabe con quién está hablando; ni siquiera puedo proteger a mis pacientes. Váyanse, se lo ruego.

Además, añadió en tono desabrido, en aquel hospital no había niños heridos, sino tan sólo niños muertos.

El trayecto hasta el segundo hospital nos llevó a un mísero barrio de dos millones de chiítas, conocido con el nombre de Ciudad Saddam hasta el derrocamiento del dictador, cuyo nombre había sido tachado de los indicadores de tráfico y pintado encima el nuevo: Ciudad Sadr. Los milicianos chiítas expulsaban del barrio a los militantes del partido Baaz, de predominio sunita, que había sido capitaneado por el propio Saddam. Reverberaba en las angostas calles el ruido sordo de las granadas propulsadas por cohetes y el tableteo de las ametralladoras, por lo que nuestro chófer procuró enfilar los callejones secundarios.

Al entrar en el pabellón infantil del hospital de aquella zona, lo primero que vimos fue a una niña llorando a lágrima viva porque al impactar un proyectil en su casa, le había segado una pierna. La niña tenía once años y, por lo tanto, no encajaba en los objetivos de la campaña de mi periódico.

Nos trasladamos entonces al hospital infantil Saddam, donde presenciábamos cómo un niño gritaba desesperado, mientras unas enfermeras lo sujetaban para que los médicos pudieran limpiarle la herida abierta de la pierna izquierda. La metralla de otro proyectil le había arrancado de cuajo el músculo de la pantorrilla, pero aunque su padre había muerto, la madre vivía. O sea que prosiguió nuestra búsqueda del huérfano.

El cuarto hospital, un moderno edificio de una sola planta

con un hermoso jardín rebosante de olorosas flores y trinos de pájaros, parecía anunciarnos que la búsqueda, allí, sería infructuosa. Después de convencer al agente de seguridad de que nos abriera la verja de entrada, encontramos a los médicos, enfundados en su bata blanca y provistos de rifles de asalto —Kalashnikov automáticos del año 47— en bandolera, haciendo la ronda por los pabellones, como ya nos había sido advertido previamente. Pero no custodiaban niños porque aquel hospital estaba reservado en exclusiva a adultos.

Ya empezaba a desesperar cuando uno de los exhaustos médicos nos invitó a tomar una taza de té en su compañía, y nosotros le pusimos al corriente del objeto de nuestra búsqueda. Hizo una leve pausa para escudriñar su memoria y, a continuación, nos dijo que en el hospital ingresó un muchacho de dieciocho años durante el apogeo de la batalla por la ocupación de Bagdad. El chico tenía quemaduras que le afectaban el cuerpo de pies a cabeza, y sus posibilidades de sobrevivir eran muy escasas. Y, efectivamente, murió en medio de horribles dolores a los cuatro días de su ingreso, pero antes le contó al médico una historia que lo conmovió hasta tal punto que no se resistía a comunicárnosla.

—Se trata de una niña que ha perdido a siete miembros de su familia, incluidos padres y hermanos —dijo—. También ella ha sufrido graves quemaduras.

Convencida de que mi búsqueda había tocado a su fin, lo miré fijamente e inquirí:

—¿Cómo sabe si la historia es verdadera?

Hice este comentario porque el histerismo general había alcanzado tales proporciones a aquellas alturas que muchas de las cosas que se contaban a los periodistas eran pura exageración.

—Sé que es verdad porque mi paciente era uno de los hermanos de esa niña —replicó—. Y morirá también si sus lesiones son como las de su hermano.

—¿Dónde está?

—La verdad es que no lo sé. Pero hay muchos casos como el de ella.

En aquel momento no me importó que hubiera muchos casos semejantes y, quizá porque estaba muy cansada o porque

aquella niña había perdido de forma tan súbita a tantas personas que amaba, su historia me fascinó de manera particular. Me abandonó el frío distanciamiento profesional que había sentido todo el día, y lo único que me interesaba ahora era saber los nombres de los hospitales donde podía hallar a la niña. Mi agitación le debió de resultar evidente al médico cuando se los pedí. Me levanté inmediatamente así que me facilitó la lista, y seguro que le parecí muy descortés al verme abandonar su consultorio a toda prisa. Steve me dedicó una de sus miradas especiales, la que me reserva para aquellas ocasiones en que considera que he perdido los papeles.

Cuando salimos del hospital se ponía el sol y estaba muriendo la tarde. Era consciente de que no tardaría el toque de queda, pero no estaba dispuesta a esperar hasta el día siguiente para localizar a la pequeña. Era miércoles, y tenía que escribir el artículo el viernes porque debía publicarse en el periódico aquel fin de semana, de modo que me dirigí a la puerta principal, donde nos aguardaba el chófer.

—¡Señora, un momento! —me gritó una voz.

20 Volví la cabeza y vi a una enfermera bastante mayor que se me acercaba corriendo; imaginé qué quería: la gente acosaba a los periodistas que colaboraban en medios de comunicación occidentales porque poseíamos teléfonos por satélite, y como se habían destruido las líneas telefónicas del país y no había móviles, constantemente nos encontrábamos con personas que nos suplicaban que les dejásemos llamar con nuestro teléfono a algún ser querido; decían que no tardarían más que uno o dos minutos, sólo para comunicarle que estaban bien. Me costaba mucho negarme a este tipo de peticiones. Si después en administración me echaban en cara que la cuenta telefónica era astronómica, ya encontraría la manera de justificarme. Pero como aquella tarde el tiempo corría contra mí, me urgía localizar a la niña y no quería entretenerme mientras aquella enfermera charlaba con sus nietos. O sea que apreté el paso.

—¡Señora! —me llamó de nuevo—. Sé dónde está la niña.

Sus palabras detuvieron bruscamente mis pasos. Hasta sus oídos había llegado la conversación sostenida con el médico.

—No pierda el tiempo buscando en la ciudad —me dijo la

mujer—. Vaya directamente al hospital Karamah. La niña está allí.

Le di las gracias, un abrazo y un beso, y salí de estampida.

Ya en el coche, Steve y yo reflexionamos sobre lo que nos había contado el médico. Mi marido juzgaba la historia desde un punto de vista estrictamente profesional: una niña herida que había perdido a siete miembros de su familia era un caso de máximo interés, admitió, sobre todo teniendo en cuenta que era la única superviviente. Le di la razón. Pero había algo más que me atraía de aquella criatura: me arrastraba hacia ella una extraña fuerza a la que de momento no quería buscarle explicación. Por eso, cuando el chófer comenzó a refunfuñar escudándose en que era muy tarde, en que el hospital estaba lejos y en que sería mejor dejar la visita para la mañana siguiente, corté sus lamentaciones y le espeté:

—No, vamos a ir ahora mismo. No me interesa saber cómo, pero llévanos al hospital enseguida... sin más pérdida de tiempo.

21

Era casi de noche cuando llegamos. Y encima, nos costó localizar la unidad de quemados. El tiempo de que disponíamos iba reduciéndose por momentos y yo era consciente de la agobiante presión a que estábamos sometidos.

Por fin nos recibió un médico muy riguroso en la misma entrada de la unidad.

—Quítense los zapatos y las chaquetas, por favor, y déjenlo todo, incluidas las bolsas, ahí fuera —nos indicó—. Pónganse estas batas y cúbranse la boca con las mascarillas. Y tendrán que ir descalzos —se disculpó, ya que no disponía de zapatillas.

Mientras avanzábamos con grandes precauciones por un pasillo esterilizado, sentí una oleada de miedo que me subía desde el estómago y se quedó aleteando en mi desbocado corazón. Pero no se debía sólo al temor de no llegar al hotel antes del toque de queda, sino que fue el preludio de la conmoción que me esperaba en la unidad de quemados. Cuando, ya al final del corredor, atravesamos la puerta detrás del médico, sentí que me ponía en tensión.

La vi enseguida, tan pequeña en aquella sala inmensa; le habían vendado todo el cuerpo, igual que una momia en miniatura, y dormía de lado debajo de una manta, sostenida por un andamiaje en forma de túnel, para que no le tocara la piel.

Aquella niña ignoraba el dolor que sentían las mujeres, también con quemaduras, tendidas en las camas de alrededor, pero sentía el que le atormentaba a ella. Aun dormida, contraía los lívidos párpados, como les ocurre a los niños cuando tienen pesadillas, y profería unos gemidos casi inaudibles; se diría que el sufrimiento la agotaba hasta tal punto que incluso le impedía llorar. De pie junto a la cama de la pequeña, abanicándola con un trozo de cartón, estaba su abuela, por cuyas mejillas rodaban las lágrimas; daba la impresión de que hacía muchos días que lloraba.

Apenas me atrevía a respirar cuando me acerqué a la cama, temiendo contaminar con mis microbios a aquella niña tan frágil. Al llegar a la cabecera, observé que los brazos le temblaban de forma incontrolable y advertí que, aunque estaba aparentemente inconsciente, articulaba palabras, algunas de las cuales logré identificar.

—Frío... frío... —gimoteaba.

Miré al médico pensando que tal vez él le facilitaría algún tipo de calor, pero observé que su expresión era impasible. Supuse, pues, que lo normal era pasar frío cuando se han sufrido quemaduras.

—Tápame, mamá —decía la niña—. Papá, ¿dónde estás? Tengo frío.

Iba repitiendo una vez y otra las mismas palabras. Consciente o no, nunca había necesitado tanto a su madre como ahora que era huérfana.

El médico se ciñó a la información clínica: la paciente, de tres años, había sufrido quemaduras de segundo y tercer grado en la cara y zona posterior de brazos y piernas, dijo, además de contusiones en el brazo derecho y en ambas piernas. Añadió fríamente que ya habían aparecido indicios de septicemia. De no poder sacarla en breve tiempo de aquella zona hospitalaria sin esterilizar y trasladarla a un medio más apropiado en el plazo de unos pocos días, moriría sin remedio. Ésta era la

situación, concluyó el facultativo. Y como no disponía de los recursos necesarios para el caso, le era imposible proporcionarle los cuidados que requería su estado. Lo dijo en un tono exento de emoción, pero cuando dejó de hablar, yo tenía los ojos anegados en lágrimas.

Steve me puso una mano en el hombro y lo miré. Sólo él sabía el porqué de mi emoción, de mi proclividad a agitaciones extremas cuando estaba exhausta y que, como a tantos otros corresponsales extranjeros, suponía para mí un gran esfuerzo tolerar la visión de un niño víctima de la guerra. El instinto también le decía que aquel encuentro me enternecía de manera particular, porque la niña reclamaba a una madre que no acudiría, y yo había anhelado una hija que tampoco acudiría jamás. Me hallaba desprevenida ante la fuerte reacción que, como mujer sin hijos, me provocaría aquella niña sin madre. La intensidad de mi actitud me hizo estremecer. Y como habría sido una muestra de egoísmo por mi parte compadecerme de mi situación, no lo hice. Aun así, estaba indefensa frente a aquellos sentimientos que me invadían, que me anonadaban.

Algo debí de transmitir con mi forma de reaccionar que impresionó a la abuela de la niña. Tras indicarme que saliera al pasillo, me contó la tragedia familiar.

La niña se llamaba Zahra, palabra que en árabe significa «flor», y contaba tres años y medio. Todavía no conocía la terrible verdad: su madre, su padre, sus cinco hermanos y una hermana, a la que quería con locura, sucumbieron víctimas del proyectil lanzado por un avión norteamericano que alcanzó el coche en que viajaban en la mañana del 4 de abril. Las únicas supervivientes eran ella y su hermanita de tres meses, Hawra.

—Zahra es demasiado pequeña para comprender qué sintió su madre en el coche incendiado al ver morir alrededor a todos sus hijos —dijo la abuela—. Pero quizá un día, cuando sea madre, sabrá cuán duro debió de ser para ella tener que elegir a cuál salvaría.

La madre arrojó por la ventanilla rota a Hawra, gracias a lo cual ésta sobrevivió prácticamente incólume. Pero, unos segundos más tarde, cuando arrojó a Zahra, el vehículo ya era pasto de las llamas. De ahí las graves quemaduras que sufría.

Uno de los chicos logró escapar del coche, pero se le pren-

dió fuego en la ropa y nadie creyó que sobreviviese más que unos pocos días. El padre, Alí, la madre, Rasmiyeh, y los hijos restantes habían perecido a los pocos segundos sentados en los asientos del vehículo, o poco después en el hospital.

—¡Ayuda a mi nieta Zahra! ¡Por favor te lo pido! —me imploró la abuela apretándome la mano con fuerza.

Me había visto llorar, había sido testigo de la conmoción que la niña despertaba en mí e imaginaba que estaba en mi mano poner las cosas en su sitio.

—¡Te ruego que no la dejes morir! Llévatela... cuida de ella... ¡hazlo por mí! —me suplicó—. No debes dejarla morir. No tiene a nadie. Tienes que lograr que viva... Te pido por favor que la ayudes.

Al escuchar aquellas palabras, volvieron a saltárseme las lágrimas.

No me gusta hacer promesas desmedidas, pero no podía dar la espalda a aquella anciana. Quería ayudarla. Por eso, mirándola a los ojos, le di mi palabra de honor de que la ayudaría.

24 —Tu nieta vivirá —le dije solemnemente—. Conseguiré que la sometan al tratamiento que necesita, cualquiera que sea el coste.

La mujer se echó a llorar de nuevo, agotada por el esfuerzo de tanta súplica, pero animada por el consuelo que entrañaba mi respuesta. Me oprimió la mano con más fuerza que antes y acercó su rostro al mío.

—Zahra es tuya ahora —me dijo con dulce voz.

Era un modo de hablar o eso supuse yo entonces. Lo que probablemente quiso decir era que ahora me correspondía a mí asegurarme de que la niña recibiera el tratamiento que la salvara. En este sentido, Zahra se había convertido en una responsabilidad que me competía.

La pequeña viviría, yo se lo había prometido. Había una esperanza para Zahra; había un futuro para ella. Nadie estaba más decidido que yo a que así fuera.

Más tarde, en plena noche, mis pensamientos seguían dando vueltas en torno a la salvación de Zahra. No es que me

sintiera indiferente a los demás niños, puesto que habría querido ayudarlos a todos, pero las instrucciones recibidas se reducían a encontrar a un huérfano cuyo caso fuera paradigmático con vistas a una campaña periodística. Como reportera eficiente, también esta vez procuré distanciarme de la situación ya que, además, nunca he hecho mi trabajo de otra manera. Pero el descubrimiento de una niña que compendia las desgracias de todos los niños en general, me había hecho ver bajo una nueva luz a aquellas víctimas inocentes y malheridas. Sus sufrimientos significaban mucho más que un buen reportaje destinado a denunciar las miserias de la guerra, porque no tenían nada que ver con la venta de periódicos. Hay que tener en cuenta que algunas de las criaturas internadas en aquellos hospitales no sobrevivirían, y las que lo lograran sufrirían tales cambios que las marcaría de por vida. Así que me sentía incapaz de reducir mi intervención simplemente a la mera información. Decidí, pues, servirme del llamamiento que haría mi periódico no sólo para salvar a Zahra, sino también para recoger dinero y salvar a los demás niños. Pero bien sabía Dios que Zahra necesitaba más ayuda que ninguno de ellos.

25

Hasta allí donde llegan mis recuerdos, una de mis costumbres inveteradas al irme a la cama consiste en imaginar que una alfombra mágica me arranca de los pesares que me atentan en esos momentos y me lleva a un futuro exótico y remoto en el que todos mis deseos se convierten fácilmente en realidad. Cuando era niña, la alfombra alzaba su vuelo sereno sobre mi ciudad bombardeada, Beirut, mientras yo seguía durmiendo, y me transportaba lejos de la guerra hasta un imponente y maravilloso castillo, donde me esperaba una multitud de adoradores que saludaban el retorno de Hala, la princesa encantada. Ya adolescente, escapaba del anodino pensionado británico, donde estaba internada, para contemplar fastuosos espectáculos en Nueva York, París o Milán. Y cuando más tarde me convertí en periodista, a mis veintitantos años, la alfombra me conducía a un matrimonio feliz, a unos hijos guapos e inteligentes y a unas hermosísimas hijas. Esos sueños me parecieron entonces más tangibles que los anteriores, aunque el tiempo se encargó de demostrarme que eran igualmente difíciles de alcanzar.

Con todo, la primera noche que soñé con Zahra, las ambiciones no se centraron en mi persona, sino que la alfombra se llevaba a la niña y me dejaba a mí en tierra rezando para que ella tuviera la suerte de ingresar en un hospital moderno, donde la instalarían en un pabellón esterilizado y la tratarían expertos especialistas.

Supe desde el principio que salvar a la niña exigiría un poco de magia y mucha sabiduría médica. Pero me dije a mí misma que conseguiría hacerla volar hasta aquel sitio donde tendría acceso a los mejores doctores, puesto que en esto radicaba la única posibilidad que tenía de vivir y mi única esperanza de cumplir la promesa que había hecho a su abuela.

¿Por qué, esa obsesión por el destino de una huérfana de guerra entre tantas otras? ¿Qué desatino me empujaba a luchar por ella cuando eran incontables las batallas perdidas que, como ésta, se libraron en aquella asediada ciudad? ¿Por qué yo, loca periodista, me figuraba tener más facultades que el cirujano de Zahra hasta el punto de llegar a prometer que la salvaría si él había diagnosticado su muerte? Para explicar todo esto necesito retroceder a otra época y a otra guerra distinta en una zona diferente, un lugar donde me enamoré y donde, por vez primera, anidó en mí el intenso deseo de tener un hijo, cuyo destino yo conformaría con ayuda de mi amor.